

# En la Playa

## ENTRE VIUDAS

A las delicias que me brinda la playa en estas hermosas tardes, vibrantes de luz y cargadas de lirismos, suelen juntarse las que me proporcionan ciertos diálogos que sorprendo en el paseo; y que yo escucho con fruición, cuando por su amabilidad o interés excitan mi curiosidad. Hoy he sorprendido uno, que me ha hecho pasar media hora de agradable distracción.

Dos señoras, de luto, están cómodamente sentadas sobre una piedra, á la vera del mar, tan satisfechas y orondas, que parece han salido con el exclusivo objeto de exhibir su dicha y felicidad. Las dos son entraditas en años y en carnes; y viudas, por añadidura, como verá el lector.

Oigamos.

—Pero, ¡por Dios, Ramona! ¿eso ha hecho Isabel?

—Sí, Juana: eso y algo más que me callo. Ya sabes que no me gusta entrometerme en vidas ajenas. Si te lo he contado, es porque todo el mundo lo sabe.

—Pues, hija, estaba en ayunas: nada he sabido hasta ahora. ¡Jesús, qué loca de Isabel! A quién se le ocurre... Está visto, Ramona, que no hay que fiarse de nadie. ¡Calla, por Dios, si se ven unas cosas!... Quién había de decir que Isabel, con su carita de malva y gatita mansa, iba a dar ese traspies!

—Pues lo que es a mí no me ha cogido de sorpresa. Lo estaba viendo venir, Juana. Tanto lujo, tanto traje y tanto auto, de algún sitio tenía que salir; pues Gertrudis ya sabes que no podía dar ese trato a su hija. ¡Bueno está su bolsillo para fiestas! Y claro; como lo pensé, así salió. El maestrillo aquel la quería pescar; y como no debe ser tonto para echar el anzuelo... con tunanterías y pesaitos, y mentiras... nada; que Isabel cayó. Y después, lo de siempre: si te he visto no me acuerdo. El granuja del maestro, tan campante; y ello... en casa la tienes, con el tropezón encima.

—Pero su madre ¿no sospechó algo? porque ya sabes que Gertrudis no es tonta; y de saber que Isabel...

—¡Hija; ni que vivieras en el limbo! No ves más allá de tus narices. ¡Si precisamente su madre tuvo la culpa de todo!

—¡Su madre! Por Dios, Ramona, que eso será habladurías de la gente. Si no puede ser que Gertrudis...

—Pues, hija, así es. Lo menos le parecía a Gertrudis que su hija era digna de un reino, por su palmito. Lo estaba diciendo siempre: No; lo que

es Isabel, no se casará con un cualquiera.—Y ya ves, iba pasando el tiempo, y nada. De Isabel no se acordaba nadie. Al fin le salió ese maestrillo que comenzó a rondarla. ¡Si vieras lo hueca que se puso su madre! No cabía en su pellejo. Hasta llegó a decirnos a las amigas ¡pásmate, Juana! que no fuésemos a reunirnos a su casa los sábados y domingos, como íbamos siempre. Y todo porque no le parecía bien al novio de su hija. ¡Yá yá! ¡Valiente novio! dije yo para mis adentros. Claro; como nosotros le estorbábamos para sus... ya me entiendes. En fin, que el novio resultó lo que decíamos todas. ¡Si se veía a la legua que era un pillastre! No sé cómo Gertrudis... Y aún dices tú que no es tonta. Lo que es en esta ocasión...

—¿Y ahora qué dice?

—¡Qué va a decir! Avergonzada, y sin soltar el pico. Al principio, como una furia: todo lo quería arreglar con casarlos. ¡Bueno estaba el maestro para bodas! Con sus palabrerías y zarandajas las dejó con un palmo de narices. Y ya ves, con la edad que tiene Isabel... nada, que habrá de dedicarse a vestir Santos.

—¡Pobre Isabel! Me da compasión, Ramona, por haber sido engañada por ese granuja.

—También yo la compadezco, hija. Pero, dime: ¿qué necesidad tenía una joven como ella de haber cambiado de escuela? En el Colegio de las Madres estaba tan ricamente, y no hubiera conocido a ese ladrón de su honra. Se empeñó en salir, y la tontería de su madre le dió por el gusto, llevándola a la escuela de ese maestro. Demasiado sabía Gertrudis que en esas escuelas no les enseñan nada de Dios, ni Religión; y que están siempre ellos y ellas juntos con músicas, y bailes, y amorios. ¡Menudos gavilanes revolotean en esos lugares!... ¡Y las palomas con ellos! ¡Si no pueden menos de salir con algún zarpazo!... Y ya ves, el de Isabel ha sido mortal. Claro; se lo ha dado el primer gavilán.

—Hija, tienes razón. No sé en qué va a parar esta juventud, si Dios no la remedia. Nada bueno puede salir de... ¡Pero, calla! ¡qué veo?... Fíjate bien Ramona: o yo me engaño, o aquella es la Simona... Mírala. ¡Y en auto!... ¡y con un caballero!... ¿Será posible? ¡Y es ella! ¡Vaya que sí es!... Yá se ha bajado del auto.

—Sí, mujer, sí; la Simona en cuerpo y alma; y ese que le acompaña su marido.

—Pero ¿Simona se ha casado?

—Por Dios, Juana: parece que estás en Babia. ¿Pues no sabes que se casó hace lo menos un mes? ¡Y poco que se habló de esa boda! Todos decían que debía de haber gato encerrado. El tan rico, y ella tan... en fin, algo habría de por medio. Allá ellos; pues ya te he dicho que no quiero meterme en casas ajenas. Eso sí; que una boda tan desigual...

—Vivir para ver, Ramona. ¡Quién iba a pensar que Simona!... Yá sabes lo que era hace un año: una mocosuela, ni más ni menos. Y ahí la tienes ahora; hecha un figurín. ¡Y poco tono que se da la niña! Fíjate cómo anda, y qué tiesa va. ¡Vamos, si esto es el colmo!

—Con su pan se lo coma, hija. Veremos cuánto dura el matrimonio, o lo que sea; pues nadie dice cómo se casaron. En fin, allá ellos.

—¡Vaya un lujo que gasta! Y yá ves: van de bracte. Se conoce que la trata bien. ¡Habían de tropezar esos figurines con un marido como mi difunto Quintín, que de Dios goce! Entonces verían lo que era bueno.

—¡Calla, por Dios, Juana! Si te quejas de vicio. Mil veces te he dicho que tu Quintín era una malva, comparado con mi Lorenzo, que en gloria esté.

—¡Con que una malva! Estás buena! Ya te hubiera querido ver... Cinco años, hija, cinco años contados y cabales aguantando la mecha. Y aún dices... En fin, Dios le haya perdonado. Todos los días rezo por él.

—Pues no le des vueltas, Juana. Yo conocí a Quintín, y te lo repito: una malva comparado con Lorenzo. Eso sí; yo no me dejaba, y muchas veces hacía de las mías. Pero lo que te digo, hija: no compares al tuyo con el mío. Si te fuera a contar... Pero ya me conoces; no me gusta hablar de los difuntos. ¡Válgame Dios, si yo empezase a... Dios los tenga en su gloria. Yo también rezo por el mío...

En este momento suena la voz amiga de la campana de la Ermita. El toque del Angelus.

Callan las viudas por unos momentos. ¿Si rezarán por sus esposos difuntos? Luego se levantan perezosamente, y después de sacudir bien las sayas, se retiran...

Yo me acerco más a las olas, y sentado junto a ellas, me entretengo en verlas llegar a morir a mis pies, cansadas, jadeantes, moribundas...

“EL SOLITARIO”.